

Ultimas escavaciones de Pompeya.—Escalero de la casa de Sirio.

mados *caveae*. Hay tres *caveae*: la infima la media y la superior: la infima es la mas noble. No comprende sino las cuatro gradas inferiores, mas anchas y me-

nos altas que las otras. Eran los asientos reservados á los magistrados y á los notables, que se hacian llevar sus cogines á estos sitios, donde solo ellos tenian

derecho de sentarse. Un pequeño muro de mármol, que ha desaparecido, levantado detrás de la cuarta grada, indicaba la separacion de localidades. Los

decemvros, los decuriones, los augustales, los ediles, Holconio, Cornelio, Rufo, Pansa, se sentaban allí magestuosamente separados de la multitud.



Ultimas escavaciones de Pompeya.—Casa de Proculo.—Fresco de Ariadna y Baco.

La *cavea* media era para los simples ciudadanos. Separada en secciones (*cunei*) por escaleras que la dividian en seis partes, contenia un número limitado de localidades, marcadas por líneas ligeras y aun visibles. Una targeta ó billete (*tessera*) de hueso,

de bronce ó de barro, especie de ficha tallada en forma de almendra, de paloma y á veces de sortija, indicaba exactamente la localidad, la cuña ó seccion, la grada y el asiento que á cada uno pertenecia.

Se han encontrado algunas *tesseras*, con cifras

griegas y romanas (lo que prueba que las cifras griegas no hubieran sido comprendidas sin traducción). En una de ellas se ve inscrito el nombre de Esquilo en genitivo, de lo cual se ha deducido que se habrán representado el Prometeo ó los Persas en el teatro de Pompeya, á menos que este genitivo no indicase el lugar designado por el nombre ó la estatu del célebre trágico.

Algunos han hablado de uno de estos targetones que anunciaba la representacion de una obra de Plauto; pero se puede asegurar que el dicho targeton era falso, si es que ha existido.

En fin, en lo alto del semicírculo, se extendía la cavea superior, reservada á los plebeyos y á las mujeres. Respecto á galantería, estamos mas adelantados que los romanos. Separaban esta localidad de la otra varias rejas destinadas á impedir el contacto de las gentes acomodadas y de la plebe.

En el muro de la gradería popular se ve aun el anillo que sujetaba el mástil del velario. Este velario era un toldo que se extendía sobre los espectadores para preservarlos del sol. Descendamos ahora á la orquesta, que en los teatros griegos estaba destinada á las danzas y á los coros; pero en los romanos á los grandes dignatarios, y en Roma á los principales, á las vestales, á los senadores.

La escena, levantada metro y medio sobre la orquesta, era mas ancha y menos larga que las nuestras. Los personajes del antiguo repertorio no se multiplicaban como en nuestras comedias de magia. La escena se extendía entre un proscenio ó ante-escena, prolongándose hácia la orquesta por un tabladillo de madera que ha desaparecido, y el postenium ó la parte posterior. Existía tambien el *Hiposcenio* ó sea el teatro subterráneo que servía á los maquinistas. El telon (*siparium*, invencion romana) no caía del techo: al contrario, bajaba para descubrir la escena, y se enroscaba por medio de un ingenioso procedimiento que nos fue explicado por *Mazois*. Asi el telon bajaba al empezarse la obra y subía al terminarse. Sabemos que en el drama antiguo, la cuestion del decorado era muy sencilla por la regla de unidad de lugar. En la escena estable se representaba el palacio de un príncipe, y éste no se pintaba en el telon del fondo, sino que se edificaba, elevándose á la altura de la gradería mas alta del anfiteatro: el edificio de la escena era de mármol en el gran teatro de Pompeya. Representaba una magnífica pared con tres puertas: por la de en medio, puerta real, entraban los príncipes; por la derecha del espectador entraba la gente de la casa y las mujeres, y por la de la izquierda los huéspedes y los forasteros. Entre las puertas habia nichos redondos y cuadrados para estatuas. En la decoracion móvil (*scena ductilis*), los bastidores salían delante del muro del fondo en

caso de mutacion visible (por ejemplo, cuando se representaba el Ajax de Sofocles, donde la escena variaba desde el campamento de los griegos á las orillas del Helesponto). Las decoraciones laterales eran poco importantes; á cada lado habia un bastidor móvil en tres direcciones (*scena versilis*), representando tres asuntos distintos. Habia tambien nichos cuadrados en el muro de la ante-escena, sea para las estatuas ó para los comisarios de policia que vigilaban desde allí á los espectadores.

Tenemos una predileccion marcada por el pequeño teatro, que se ha llamado el Odeon. ¿Es tal vez porque probablemente no se representaban allí tragedias? ¿Quizá porque el salon de espectáculo parece mas completo y mejor conservado gracias á las inteligentes restauraciones del arquitecto La Vega? Estaba cubierto (dos inscripciones lo atestiguan con claridad) probablemente de una techumbre de madera, no siendo los muros bastante fuertes para sostener una bóveda. Se llegaba hasta allí atravesando un pasadizo ó corredor cubierto de inscripciones trazadas por la multitud.

VII.

LA ERUPCION.

El diluvio de cenizas.—El diluvio de fuego.—La fuga de los pompeyanos.—La ocupacion de los mismos.—Las víctimas.—La familia de Diómedes.—El centinela; la mujer tapiada en un sepulcro; el sacerdote de Isis, etc.—Los esqueletos.—Los cadáveres modelados por el Vesubio.

Durante una fiesta, el 23 de noviembre del año 79 estalló la terrible erupcion que se tragó la ciudad. El testimonio de los antiguos, las ruinas de Pompeya, las capas superpuestas de cenizas y de piedra pomez que las han cubierto, los esqueletos sorprendidos en la actitud de la agonía ó de la muerte, todo nos cuenta la catástrofe: nada puede añadirle la imaginacion. El cuadro está allí, á nuestra vista, le vemos, asistimos á él. Sentados en el anfiteatro, asistimos á la primer conmocion, á los primeros relámpagos que anuncian el incendio y el hundimiento. El suelo se ha estremecido muchas veces y una especie de tromba de polvo, cada vez mas espesa, se ha elevado por los aires.

Desde algun tiempo antes se oía hablar de gigantes, que tan pronto en la montaña como en la llanura pasaban por el aire. Estos gigantes aparecen de nuevo y se levantan en toda su altura en torbellinos de humo, donde se oyen ruidos estraños, mugidos terribles... despues tronadas estallando continuamente, luego la oscuridad mas completa. Anchas llamaradas rasgaban las tinieblas; oíanse gritos en las calles. ¡Es el Vesubio que se incendia! De repente los pompeyanos, aterrorizados, dejan el anfiteatro dándose por

contentos de encontrar puertas para salir á un tiempo sin aplastarse, y algunos pasos mas allá las puertas de la ciudad y la campiña franca á su temor. Sin embargo, despues de la primera esplosion, despues del diluvio de cenizas, cayó el diluvio de fuego, compuesto de piedras ardiendo impelidas por el viento... La lava ardiente caía lenta, fatal, sin espera, sin descanso, con una implacable continuidad. Esta llama sólida, pétreo, llena las calles, se apila en los tejados, se aploma sobre las casas, sobre las tejas que se rompen, y las vigas que se encienden. Comunicase asi el incendio de piso en piso, hasta el empedrado de los patios donde se amontona la lava con sus copos rojos y abrasadores que caen lenta, fatalmente, descendiendo siempre!...

¡Desgraciados de los que buscan abrigo en las tiendas, bajo los arcos del teatro, en los subterráneos; la ceniza los envuelve y los ahoga!

¡Desgraciados en particular aquellos á quienes detiene la avaricia ó la sensualidad! la favorita de Salustio, las jóvenes de la casa del poeta, que se han retardado para coger sus joyas, caerán asfixiadas entre sus ornamentos, que dispersados en su derredor, contarán al mundo futuro la vanidad de sus últimos cuidados. Una mujer en el atrio de la casa del Fauno, corria á la ventura cargada de sus joyas; no pudiendo ya respirar, se refugió bajo el tablinum y trató en vano de sostener con sus brazos al cielo raso que caía sobre ella. Murió pulverizada. No se ha encontrado su cabeza.

En la calle de los Sepulcros debió encontrarse una multitud inmensa: los unos venían del campo á refugiarse en la ciudad, los otros huían de sus incendiadas casas para buscar amparo á cielo raso. Uno de los primeros cayó hácia adelante, vueltos los pies hácia la puerta de Herculano; otro boca arriba, levantados los brazos; llevaba en la mano ciento veinte y siete monedas de plata y sesenta y nueve piezas de oro. Otro igualmente cayó de espaldas. ¡Cosa estraña, murieron mirando al Vesubio! ¡Una mujer con un niño en los brazos, se habia ocultado en un sepulcro y la erupcion lo tapó sobre ella: un soldado, fiel á su deber, habia permanecido fijo en su puesto delante de la puerta de Herculano, con una mano en la boca y la otra empuñando la lanza, así pereció, como un valiente! ¡La familia de Diómedes se reunió en un subterráneo; diez y siete víctimas, entre mujeres, niños y la joven cuyo seno se incrustó en las cenizas, fueron gráficamente sepultados vivos, apretados los unos contra los otros, muertos violentamente por la falta de aire, ó tal vez lentamente de hambre!... Arrio Diómedes, se habia escapado solo, abandonando su casa y llevando consigo un esclavo que le llevaba la bolsa. Cayó herido de un rayo junto á su jardín. ¡Cuántas desgracias aun, cuyos últimos

detalles conocemos! el sacerdote de Isis, que rodeado de llamas, no pudiendo salvarse en la calle incendiada, rompió dos paredes con su hacha, y ya ante la tercera estenuado sin duda, derribado por el diluvio, lanzó su último aliento siempre con el hacha en la mano: y aquellos pobres animales atados que no podían escapar; el burro de la panadería, los caballos de la hostería de Albino, la cabra de Sirico que fué á acurrucarse en el horno de la cocina donde se ha encontrado hace poco la esquila que llevaba al cuello. ¡Y los infelices presos de la casa de los gladiadores, enclavados allí y á sus hierros que les maceraban las piernas!...

¡Qué horrorosa noche, y qué dos dias siguientes! ¡Vino el dia; pero sin luz, lleno de tinieblas: no las de una noche sin luna, sino las de una habitacion cerrada y sin luces! En Misena, donde estaba Plinio el joven, que ha descrito la catástrofe, no se oían mas que voces lastimeras de niños, de hombres y de mujeres llamándose, buscándose, invocando la muerte, prorumpiendo en lágrimas ó en gritos de angustia, y creyendo llegada la eterna noche donde los hombres y los dioses iban á extinguirse. Despues cayó una lluvia de cenizas tan espesa, que á siete leguas del volcan era preciso sacudirse sin descanso para no ser ahogado. Fue esta ceniza, segun dicen, hasta Africa, y de cierto hasta Roma, donde enrareció el aire y ocultó el dia hasta el extremo de que los romanos se preguntaban asombrados, si el mundo volvía al caos, si el sol iba á caer sobre la tierra para extinguirse ó la tierra subía al cielo para juntarse con él.

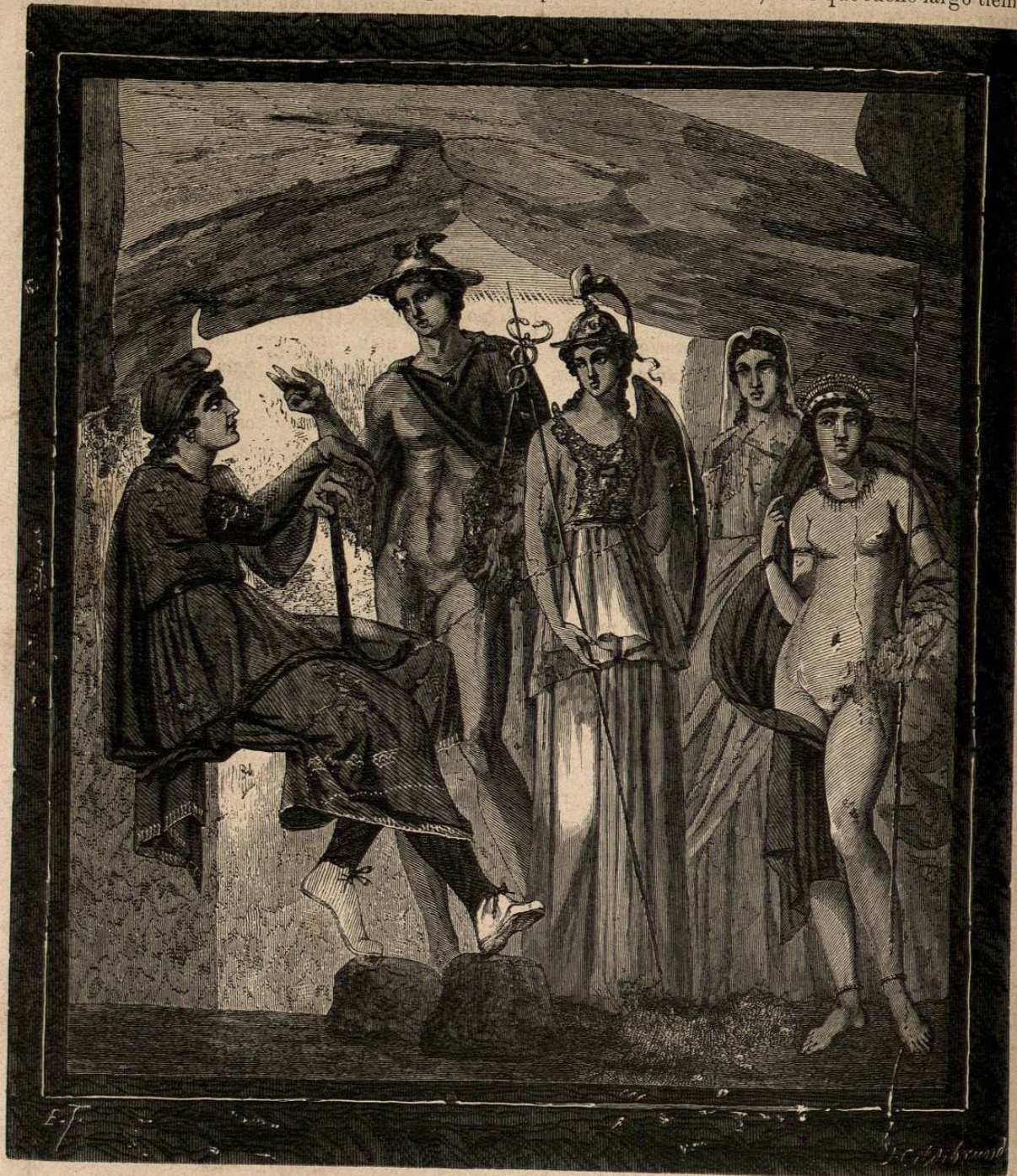
¡No se ha levantado este velo hasta el último siglo y ya se han encontrado quinientos esqueletos, que cada uno de ellos evoca un doloroso episodio de la inmensa catástrofe en que fueron envueltos!...

El año pasado en una callejuela, bajo montones de despojos, los obreros de las escavaciones, vieron un hueco, en cuyo fondo aparecian osamentas. Llamaron acto continuo al señor Fiorelli que tuvo una idea luminosa. Hizo desleír yeso que se vertió entonces en el hueco para vaciar en él lo que se encontrase antes de esponerlo al contacto del aire (esta operacion se ejecutó cuantas veces se consideró necesario segun las indicaciones sobre el terreno). Despues se levantó con mucho cuidado la capa de piedra pomez y ceniza endurecida y se halló lo que se buscaba; quitadas estas materias, se encontraron cuatro cadáveres. Todos pueden examinarlos en el museo de Pompeya.

Uno de estos cuerpos era el de una mujer, cerca de la cual se han encontrado noventa y una monedas, dos vasos de plata, llaves y varias joyas. Huía con estos objetos preciosos cuando cayó en la callejuela. Se la ve aun echada sobre el lado izquierdo; se ve muy bien su peinado, el tejido de su ropa y dos anillos de plata que llevaba en el dedo: una de sus

manos está rota, puede verse la estructura celular de los huesos; su brazo izquierdo se levanta y se retuerce; su delicada mano está crispada, parece que tiene

las uñas metidas en la carne; todo el cuerpo parece hinchado, contraído, solo las piernas muy delgadas permanecen estendidas; se ve que luchó largo tiempo



Ultimas escavaciones.—El juicio de Paris, fresco de la casa de Proculo.—De fotografia.

con horribles padecimientos; su actitud es la de la agonía, no la de la muerte.

Detrás de ella cayeron una mujer y una jovencita; la mas vieja, la madre, tal vez, era de humilde clase á juzgar por la anchura de sus orejas: no llevaba en el dedo mas que un anillo de hierro: su pierna

derecha, levantada y plegada muestra que tambien ha padecido, pero menos quizá que la noble dama.

Los pobres pierden menos en morir. Muy cerca de ella, como en un mismo lecho, está estendida la jóven: la una á la cabeza y la otra á los pies. Sus piernas se cruzan. Esta jovencita, casi niña, produce una

impresion estraña; se ven exactamente el tejido, la mezcla de su vestidura, las mangas que cubren sus brazos hasta el puño, algunos girones que descubren la carne desnuda, y el bordado de la pequeña sandalia con la que andaba; se siente su última hora como si uno estuviera allí bajo la cólera del Vesubio: habia levantado su manto sobre la cabeza como la hija de Diómedes, porque tendria miedo: habia caido corriendo, el rostro contra el suelo; y no pudiéndose levantar, habia apoyado sobre un brazo su cabeza delicada y jóven. Su mano se entreabre como si con ella hubiera cogido el manto que la cubre. Se ven los huesos de los dedos taladrando el yeso; no sufrió mucho tiempo la pobre niña; pero da mucho pesar verla; no tendria aun quince años.

El cuarto cadáver es el de un hombre, una especie de coloso. Se habia echado de espaldas para mo-

rir como un valiente; sus brazos y sus piernas están estirados, rígidos. Sus vestidos se marcan con limpieza. Sus bragas visibles y colgantes, las sandalias anudadas á los pies y una de ellas agujereada por el dedo pulgar; los clavos de la suela todo se conserva. Lleva en un dedo un anillo de hierro. Su boca está abierta, le faltan algunos dientes, su nariz y sus pómulos se marcan con energía, los ojos y el cabello han desaparecido; pero el bigote subsiste. Hay algo de marcial y resuelto en este hermoso cadáver.

Aquí hacemos punto, porque Pompeya misma nada mas puede ofrecernos que nos acerque á este drama aun palpitante. Es la muerte violenta con sus torturas supremas, la muerte que sufre y lucha, sorprendida *in fraganti* despues de diez y ocho siglos.

MARCOS MONNIER.